

DESPUÉS DE ALEJANDRO EL GRANDE, EL DESARROLLO DE LAS TÁCTICAS BÉLICAS GRIEGAS EN EL IMPERIO SELÉUCIDA

Arturo Sánchez Sanz¹

RESUMEN

De entre los reinos helenísticos, surgidos en Asia tras la muerte de Alejandro III de Macedonia, el Imperio seléucida destacó tanto por su extensión como por la enorme cantidad de territorios y pueblos que quedaron bajo su control. Ello hizo necesaria la creación de un poderoso ejército que asegurara el control de tan vastos dominios y ayudara a preservarlo de sus enemigos.

Palabras clave: *Imperio seléucida, Seleuco, Antíoco, catafracto, katoikoi, Oriente Próximo.*

ABSTRACT

After the death of Alexander III of Macedon, the Seleucid Empire emerged as one of the most powerful Hellenistic kingdoms of Asia. His huge territorial extension and the various peoples who came under their control necessitated the creation of a mighty army that would ensure their control and help protectit from its enemies.

Key words: *Seleucid empire, Seleucus, Antiochus, cataphract, katoikoi, Near East.*

¹ Licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, especialista en Historia Antigua (UCM), Máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad Por la Univ. Complutense de Madrid y la Universidad Autónoma de Madrid (UCM/UAM), especializado en Oriente Próximo y Egipto. Doctorando en Estudios del Mundo Antiguo (Univ. Complutense de Madrid). Miembro del grupo de investigación *Identidad ciudadana en la polis griega Arcaica y Clásica, y su proyección espacial y cultural*, de la Univ. Complutense de Madrid y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España. asblade@msn.com <https://ucm.academia.edu/ArturoSanchez>

Para comenzar a hablar sobre el ejército seléucida empezaremos por acercarnos a su composición, como es lógico, en cuanto a la amplitud del ejército seléucida a lo largo de su historia, las cifras son divergentes y están relacionadas tanto con la situación política y económica² de cada reinado, como con el tipo de campaña que se iba a realizar, debiéndose también tener en cuenta que los datos que nos aportan las fuentes clásicas sobre batallas o eventos puntuales no siempre coinciden. En este sentido, existen ocasiones en las que las fuentes nos ofrecen una relación detallada de cada componente del ejército (como sucede en las descripciones de las batallas de Rafia o Magnesia, así como en el desfile de Dafne) y otras en las que sólo contamos con números totales a veces divergentes. Así, sabemos que en Rafia (217 a.C.) el ejército seléucida contaba con 62.000 soldados de infantería y 6.000 de caballería, cifra bastante superior a los 46.000 soldados de infantería y 4.500 de caballería que conocemos para el desfile (166 a.C.), pero bastante similar para los números de Magnesia (Liv. 38.37.9) en el 190 a.C. con 60.000 soldados de infantería y 12.000 de caballería³. Pero estas son campañas importantes de cuya fiabilidad, con respecto a los datos con los que contamos, genera menor discrepancia que aquellas que se refieren a campañas menores, como las que llevaron a cabo Antíoco III o Antíoco VII en distintas satrapías del imperio, contra los judíos y en otros lugares, como el primero en las Termopilas, ya que las fuentes disponibles no son tan relevantes.

² Los ingresos del imperio venían principalmente de los impuestos, ya fuera sobre las tierras, las transacciones comerciales, los peajes o los impuestos personales. (ROSTOVITZ, 1941, 444). Parece que en las excavaciones llevadas a cabo en Seleucia se han descubierto numerosos sellos de arcilla que evidencian la existencia de un desarrollado sistema contributivo basado en los parámetros antes mencionados, y donde se constata la existencia de impuestos sobre el comercio de la sal, etc. (KUIPER, 2011, 119).

³ Aunque autores como Bar-Kochva (1976,08-09.) indican que estas cifras serían aún mayores en cuanto a la infantería, ya que Livio pudo no haber contado las tropas auxiliares, los arqueros que viajaban sobre los elefantes, etc.

De esta forma, nos es difícil conocer la evolución en cuanto al número de efectivos que conformaría el ejército seléucida a lo largo de su historia, ya que habría que tener en cuenta los cambios territoriales así como las circunstancias políticas y militares que tuvo que afrontar cada uno de sus monarcas. En este sentido, no debemos olvidar números poco especificados por las fuentes en cuanto a la utilización de unidades como los elefantes de guerra, tropas auxiliares, mercenarios o aliados puntuales⁴. Sin olvidar que la formación de un ejército para una campaña concreta no implicaba necesariamente la utilización, para ello, de todos los efectivos militares disponibles, por lo que otro número importante de tropas que debería guardar las fronteras o establecerse en ciudades importantes de forma permanente tampoco podría ser contabilizado debidamente.

I. INFANTERIA

En cuanto al origen de los componentes del ejército seléucida, tanto por su ubicación geográfica como por su tradición, este se nutría de las mismas fuentes básicas que los ejércitos persas o helenísticos de Alejandro. En este sentido, habría que puntualizar acerca de la tendencia general a indicar que los colonos griegos habrían desplazado a los propios persas tanto como el núcleo principal en el que se basaba tanto el ejército, como en la administración⁵, etc. en los distintos reinos helenísticos que surgieron en Asia tras la muerte de Alejandro, quizá basándose en las tradicionales y conocidas reticencias de sus propios generales, ante la inclusión de cuerpos de ejército persas entre los macedonios, llevados a cabo regularmente por su propio general.

⁴ Como ejemplo de ello se puede tomar a Polibio (X, 28, 1) quien al describirnos los integrantes de la *Anábasis* de Antíoco III sólo se refiere a la infantería pesada y a la caballería, aunque indica que el ejército era excepcionalmente grande. Justino incluso nos habla para esta campaña de cifras aún mayores con 100.000 soldados y 20.000 jinetes (XLI.5.7).

⁵ Los idiomas oficiales del Estado tanto en la capital del imperio como en las capitales provinciales habrían sido el griego y el arameo para autores como Kuiper (2011, 119).

Si bien es cierto que las fuentes nos hablan de una composición básica en cuanto a la infantería, diversos autores como Bar-Kochva (1976, 20) son de la opinión de que su elevado número habría impedido que estos estuvieran formados íntegramente por griegos o por mercenarios, por lo que una parte, quizá grande, de sus componentes debieron ser reclutados entre la población indígena del imperio⁶. Incluso el cuerpo de los *argiráspides* es descrito por Polibio como procedente “de todas las partes de reino” (V, 79, 4). En cualquier caso, este tipo de afirmaciones no tiene porque ser necesariamente sinónimo de diversidad, para ello se basan en la conocida contratación de griegos y macedonios de forma permanente por los soberanos seléucidas. Así, al ser estos colonos establecidos en asentamientos militares creados ex profeso para ellos y llamados *katoikoi*⁷, descendientes de estos colonos podrían haber sido los integrantes (sino completamente si en su principal medida) de los sucesivos ejércitos seléucidas a lo largo de su historia⁸.

Sabemos de la existencia de dos periodos principales en los que se incrementó el número de este tipo de asentamientos, bajo Seleuco I y Antíoco I, y luego bajo Antíoco III⁹ y IV, siendo localizados principalmente en Lidia, el norte de Siria, el Éufrates superior y Media. Así, el reclamo para estos colonos¹⁰ era la entrega de tierras

⁶Diversos autores (WALBANK; ASTIN, 1984, 190) son de la misma opinión e incluso puntualizan que para su actuación, como parte del ejército seléucida, los soberanos habrían preferido a gentes pertenecientes a grupos sociales con una amplia tradición guerrera. Ello quizá podría esconder la doble intención de, por un lado, tener controlados esos contingentes guerreros que podrían dedicarse a apoyar la escisión del imperio de sus regiones de origen y por otro utilizar esa inclusión en el ejército imperial como forma de fomentar su identificación con el imperio.

⁷ De Souza (2008, 133) indica que estos asentamientos pudieron, aunque no se sabe con seguridad, establecerse al margen de las ciudades fundadas con anterioridad por Alejandro.

⁸Sin embargo, Sekunda (SABIN; VAN WEES; WHITBY, 2007, 334) opina que gran parte de las tropas greco-macedonias de Seleuco I provendrían más de los asentamientos fundados por Alejandro que de las nuevas *katoikiai*.

⁹ Éste trajo griegos de Eubea, Creta y Etolia, y los instaló en Antioquía. (CHANIOTIS, 2005, 85).

¹⁰ Para Griffith la mayoría de estos colonos originarios habrían actuado anteriormente como mercenarios y después se habrían asentado en estas colonias. (GRIFFITH, 1975, 162).

kleros a cambio de su servicio en el ejército¹¹, y cuya extensión variaba en función del rango militar que hubieran ocupado y de los años de servicio, de forma que mientras no se encontraban movilizados podían dedicarse a las labores agrícolas. Este tipo de colonias no comenzaban siendo consideradas como *poleis*, pero es cierto que con el tiempo, y en base a su ampliación, podían llegar a serlo (CHANIOTIS, 2005, 86). Incluso existe una importante controversia aún no resuelta entre quienes indican que se trataría de asentamientos con funciones puramente militares y quienes opinan que este término también se podía utilizar para designar asentamientos menores, que no tenían porque tener funciones militares o, al menos, no todos los asentamientos que recibían esta denominación¹². En cualquier caso, el hecho de que su creación no fuera constante y de la natural mezcla con la población local, harían impensable que soldados nativos no formaran parte, no ya de los cuerpos auxiliares como sería habitual, sino de la propia falange, de los *argiráspides* e incluso de la caballería a lo largo de toda la historia del Imperio seléucida¹³.

Parece que el cuartel principal de estacionamiento de las tropas seléucidas fue la ciudad de Apamea (WALBANK; ASTIN, 1984, 191), en Siria a unos 50 km de la actual Hama, junto al río Orontes y fundada por los macedonios, que contaba con instalaciones para los elefantes de guerra, escuelas de entrenamiento de tropas, etc.

¹¹ Autores como Kuiper indican que no habría sido necesario, por parte de los soberanos helenísticos, el atraer a colonos greco-macedonios a sus reinos ya que en este momento Grecia se habría encontrado superpoblada, aunque la afluencia habría descendido durante el periodo en que las sucesivas guerras entre los sucesores se llevaron a cabo. Al margen de lo cual, parece que, si los colonos no disponían de descendientes a quienes transmitir la tierra bajo las mismas condiciones, ésta debía retornar al rey, quien siempre habría sido su dueño al entregarla sólo en usufructo. (KUIPER, 2011, 120).

¹² Polibio, Diodoro y Polieno se refieren a este tipo de asentamientos como únicamente de tipo militar, pero Estrabón usa el término libremente para designar ambos tipos. Sobre esta discusión ver (BAR-KOCHVA, 1976, 22-28).

¹³ Martin (1996, 203) indica que en cuanto a los puestos funcionariales del imperio los greco-macedonios también eran quienes los ostentaban en sus niveles medio y superior, mientras que sólo los puestos bajos serían cubiertos por nativos que, aún siendo difícil, sólo podrían aspirar a ascender si aprendían a lengua y escritura griega.

así como el *stratitikonlogisterion* (Estrab. XVI, 2, 10). Fue por esta razón que tenemos diversas noticias de la reunión del ejército en esta ciudad a lo largo de la historia del imperio y en vísperas de grandes campañas (Polib. V, 50, 1; 59, 1; Liv. XXXVII, 18, 6), no sería, por tanto, de extrañar que muchas de las tierras disponibles en esa zona hubieran sido asignadas a los colonos/soldados greco-macedonios que se asentaron allí cuando la ciudad fue fundada y cuyos descendientes deberían cumplir con sus obligaciones militares para conservar sus posesiones. Por su parte Antioquia habría servido como capital administrativa de esa región, mientras que Seleucia¹⁴ se habría constituido como la primera capital del imperio en tiempos de Seleuco I, permaneciendo como centro administrativo en el Este en época de Antíoco III, mientras que Sardes haría lo propio en el Oeste (PAINE, 2007, 135.).

Con todo, el número de asentamientos militares, con ser numerosos, no era demasiado grande dadas las dimensiones del imperio, aunque ello no implica que no fuera efectivo al conjugarse los efectivos de estos lugares con las tropas que formaban la Guardia Real de los sucesivos monarcas. A ello habría que sumar el conocimiento que tenemos del establecimiento de guarniciones mercenarias en distintas fortalezas situadas en Asia Menor para asegurar su defensa, debiendo suceder lo propio en otras regiones sensibles del imperio o vías de comunicación principales, que necesitaban de especial protección. Del mismo modo, serían habituales las guarniciones militares estacionadas en ciudades estratégicas para su control, como sucedería en distintas ciudades jónicas ya antes de que se iniciaran los enfrentamientos entre el Imperio seléucida y Roma (Apiano. *Guerras Sirias*, I, 2).

En base a las amplias dimensiones del imperio y a las constantes revueltas, los distintos soberanos siempre necesitaron de la existencia de un Cuerpo de Guardia permanente, formado tanto por infantería como por caballería, que pudiera ser

¹⁴ De ella dice Tito Livio que tenía una de las mayores concentraciones de ciudadanos macedonios de oriente. (XXXVIII, 17, 5).

rápido preparado y enviado a cualquier región del imperio donde fuera necesaria su presencia. Pero la participación, como veremos, de los colonos greco-macedonios y de sus descendientes en estas unidades no sólo tenía esa primaria función, sino que al tener que actuar en ellas mientras estas se encontraban en la corte, ello servía también para consolidar su fidelidad al soberano y el sentimiento de grupo de estos soldados, que muchas veces vivían en regiones muy alejadas del poder central dentro del imperio y que por ello podían, con el tiempo, ir perdiendo ese sentimiento de apego y lealtad.

Así, en cuanto a los tipos de tropas de infantería que formaban parte del ejército selúcida, en primer lugar, hay que mencionar a la principal unidad de la Guardia como eran los llamados *argiráspides* o “escudos plateados”¹⁵ (los hipaspistas de la época de Alejandro¹⁶), cuerpo del ejército que actuaba de forma permanente y que se formaba en base al reclutamiento y selección de los hijos de los colonos greco-macedonios que habían actuado como colonos militares¹⁷. Desconocemos con certeza cuál habría sido su número exacto, y es de suponer que este variaría a lo largo de la historia del imperio, pero se cree que pudo estar formado por unos 10.000 soldados (SEKUNDA, 2001, 89), armados al estilo macedonio con la típica sarissa como arma de ataque, armaduras pesadas y formados mediante la habitual falange que tan buenos resultados había dado a los ejércitos macedonios. Sabemos que durante el desfile de Dafne, llevado a cabo por Antíoco IV en el año 166, su número había descendido a 5.000 y Polibio los describe, ya en esta época, armados al estilo romano (Polib. XXX, 25, 3).

¹⁵ Polib. XXX, 25, 5. Su eficacia fue demostrada en Rafia y Magnesia (Polib. V, 79, 4; 82, 2; 85,10; Liv. XXXVII, 40, 7)

¹⁶ (BAR-KOCHVA, 1976, 64). Aunque Polibio los cita de forma separada a los *argiráspides* en Rafia (Polib. V, 79, 4).

¹⁷ Bar- Kochva (1976, 46) afirma que ello sería así siempre que algún otro familiar pudiera encargarse de las tierras que tenían asignadas, como sería el caso de su padre, pero si este moría se le permitía marcharse para encargarse de ellas, siendo algo similar lo que ocurriría con los *hetairoi*.

La descripción con la que contamos de este desfile nos ofrece una amplia cantidad de información acerca de los cuerpos del ejército de este periodo. Así, como veremos más adelante con detalle, sabemos que junto a los *argiráspides* marchaban otros 5.000 efectivos a los cuales se ha venido denominando como “infantería romanizada”¹⁸, la cual parece que era definida así no sólo por su panoplia de estilo romano sino porque su estilo de lucha era también similar. Antíoco IV había sido rehén en Roma y por ello era un buen conocedor de cuáles eran las virtudes de las tropas romanas, las cuales no hacían sino ampliar su imperio constantemente, por lo que sería lógico pensar que esta unidad, e incluso quizá el cambio de panoplia de los *argiráspides*, tuvo que ver con el deseo expreso del soberano de modernizar su ejército copiando el estilo, armas y tácticas del ejército romano, cuyas virtudes bélicas ya había podido comprobar de primera mano su propio padre en las Termopilas y Magnesia, e incluso los ejércitos antigónidas en el 168 durante la batalla de Pidna.

Al margen de estos cuerpos del ejército que podrían considerarse como de elite o de formación más tardía, tradicionalmente, la infantería seléucida en el campo de batalla estaba formada por dos cuerpos, que también aparecen mencionados en el desfile, como eran los *crisáspidas* o “escudos dorados” (en esta ocasión formados por 10.000 soldados) y los *chalcáspidas* o “escudos de bronce” (5.000 soldados), pero apenas sabemos nada más de ellos y no son mencionados en otro momento de la historia del imperio con esta denominación. Como tropas auxiliares sabemos que podían actuar las milicias ciudadanas, formadas en los asentamientos greco-macedonios del imperio y que no tenían estipulada su participación en el ejército regular. Es posible que estos actuaran en grandes batallas sólo cuando el soberano estimara que eran necesarios y servían como retenes para el control de sus propias ciudades o de las regiones que dependían de estas. Se cree que pudieron actuar como

¹⁸ Sabemos que sólo cuatro años después del desfile los soldados de la infantería romanizada lucharon contra los macabeos en la batalla de Bet Zacarías (I Macabeos, 6.35).

tureóforos o caballería ligera (HEAD, 1982, 24). Los *tureóforos*, “aquellos que portan escudos tan grandes como una puerta”, se habían constituido en el siglo III como el tipo de soldado intermedio entre el ejército hoplítico y la nueva falange macedonia¹⁹, se trataba de milicias ciudadanas armadas al estilo de los gálatas con un gran escudo oval (Plut. IX, 1) (de madera cubierta de cuero y espina central), cota de malla y largas lanzas, jabalinas y espadas como armas ofensivas. Al parecer se trataba de contingentes mucho más móviles que la falange hoplítica y más versátiles al poder actuar a distancia con sus jabalinas o también cuerpo a cuerpo protegidos por sus grandes escudos (SABIN; VAN WEES; WHITBY, 2007, 343). Según Plutarco (*Filop.* 9), podían luchar en refriegas y luego replegarse, coger las lanzas y apretar las filas, formando en falange.

En cuanto a los escudos empleados por la infantería selúcida, estos eran redondos y algo más reducidos (45 cm. de diámetro) que los empleados por los ejércitos de Alejandro, con el fin de permitir fácilmente la liberación de las manos para sujetar las largas sarissas. Por su parte, las corazas de en este momento necesitaban de un diseño que evitara, en la medida de lo posible, las peligrosas flechas de los arqueros, así como que proporcionaran una protección mejorada que supliera la reducción del diámetro de los escudos, lo que se consiguió con las cotas de malla. De este modo, a partir del siglo III el mayor peso de las armaduras incrementó enormemente el peso total de la panoplia militar de la infantería y la caballería.

Sobre las tácticas de combate empleadas por la infantería selúcida apenas sabemos nada, pero de la información con la que contamos para las mismas unidades en los ejércitos de Antígono y Ptolomeo quizá podríamos extrapolar algunos datos en base a que todos ellos se formaron como soldados a las ordenes de Alejandro en el ejército macedonio, del cual tomaron no sólo muchas de las denominaciones de sus

¹⁹ Parece que a finales del siglo III a.C. la Liga Aquea habría ya abandonado la utilización de estas unidades a favor de la falange macedonia. Pausanias, *Descripción de Grecia* VIII, 50.

unidades sino también sus tácticas. Así, el cuerpo principal de la falange se habría podido dividir en varios *estrategiai* de 4.000 soldados cada uno en función de la magnitud del ejército, cada uno de estos, a su vez, se dividiría en cuatro *chiliarkias* de 1.000 soldados cada una, formadas por cuatro *speirai* de 256 soldados que se dividían en cuatro *tetrarquías* de 64 y estos en cuatro *lochoi* de 16 soldados²⁰. La figura del *stratego* no se menciona por las fuentes como mando táctico del ejército seléucida, pero podemos suponer que existió en este momento y que el cargo habría sido desempeñado por gobernadores de provincias u otras figuras influyentes designados por el monarca.

No podemos olvidar mencionar como parte de la infantería seléucida, sobre todo por su gran importancia no sólo dentro de los ejércitos seléucidas, sino en todos los ejércitos de la antigüedad, de los mercenarios. En muchas ocasiones resultaban bastante más baratos (se les podía pagar de tres formas: con dinero –*opsonion*, *misthos*- a veces obtenido de los botines y saqueos en que se les permitía participar, con raciones –*sitos*, *metrena*-, o de ambas maneras), menos complicados de reclutar y adiestrar, y mucho más capaces que el intentar reclutar soldados poco formados y aún menos motivados entre los pueblos nativos que formaban parte del imperio. No es que los mercenarios estuvieran mucho más motivados que aquellos, o en todo caso lo estarían por la paga más que por defender a su pagador, pero la tradición en el mundo antiguo de la utilización de este tipo de contingentes era ya larga, y al tratarse de soldados profesionales que se ganaban la vida combatiendo casi hasta el fin de sus días, su valor y experiencia eran muy apreciados por los soberanos de la antigüedad. Tampoco debemos olvidar que en muchas ocasiones estos soberanos disponían de mucho dinero y poco tiempo para llevar a cabo sus campañas, por lo que era más

²⁰ Todo ello basado en múltiplos de 16 según Polib. XVIII, 30, 1.

rápido contratar a este tipo de soldados que reclutar y formar un cuerpo del ejército propio²¹.

Normalmente, eran utilizados como infantería y caballería ligera para completar el número de las unidades regulares, y podían provenir tanto de las zonas más alejadas del mundo conocido como de regiones que formaban parte del propio Imperio seléucida. Cada unidad de este tipo de soldados podía estar especializada en un tipo determinado de lucha (como los tracios o los misios lo eran en terrenos montañosos), pero su experiencia les permitía actuar con garantías en cualquier situación. Estos podían ser contratados de dos maneras: de forma directa negociando con los líderes de estos contingentes o en virtud de un tratado de alianza o *symmachia* firmado con una determinada ciudad o *etnos*, donde se estipulaba no sólo la paga sino las condiciones en que el contratador podía pedir que se le enviaran nuevos contingentes, las condiciones vigentes durante el servicio o la duración de este (SABIN; VAN WEES; WHITBY, 2007, 344). Aunque a través de obras como el *Miles Gloriosus* de Plauto sabemos de la existencia de oficiales de reclutamiento al servicio de los soberanos seléucidas, donde en este caso uno de ellos fue enviado a Éfeso, de forma que debió ser una figura común en esta época en las ciudades costeras (GRIFFITH, 1975, 166).

Así, como ya hemos visto, a pesar de la existencia de colonos greco-macedonios, estos sólo debieron formar como mucho la mitad de las tropas que se contaron en Rafia, Magnesia e incluso en Dafne²² y por ello no es difícil suponer que durante el resto de la historia del imperio ello no debió ser diferente. Mercenarios griegos en número de 5.000 actuaron en Rafia (Polib. V, 79, 9), otro contingente de

²¹ Sabemos que Seleuco I necesito de 1.000 mercenarios proporcionados por Ptolomeo I para que lo ayudaran a recuperar Babilonia una vez que había sido expulsado de ella. (GRIFFITH, 1975, 143).

²² Liv. XXXVII, 40, 1. Reconoce que la heterogeneidad era uno de los rasgos distintivos del ejército seléucida.

elimeos actuó en Magnesia (Liv. XL, 10, 4) y así sucedió con otros muchos mercenarios venidos de todas partes para actuar a las órdenes de los monarcas seléucidas²³. Pero también existía una categoría intermedia de aliados cretenses conocidos como *symmachoi*, empleados a raíz de la firma de tratados con distintas ciudades de Creta y que se sabe actuaron contra Molón (Polib. V, 53, 3), aunque el mismo término se ha recogido para designar a unidades militares provenientes de Pisidia. Del mismo modo, también sabemos de numerosas participaciones de mercenarios judíos, gálatas (Liv. XXXVII, 17, 7), misios²⁴ o árabes. Es curiosa la inexistencia de contingentes de las regiones de Mesopotamia o Siria en los ejércitos seléucidas, y para responder a ello autores como Bar-Kochva (1976, 52) indican que pudo deberse a dos motivos: en primer lugar a lo innecesario de su utilización al encontrarse el grueso del ejército asentado al norte de Siria, y en segundo lugar por el peligro que podría suponer para el imperio armar y entrenar a gentes de regiones tan centrales de su territorio, de forma que con ello podían prevenir, en cierto grado, posibles futuras rebeliones internas que en caso de llevarse a cabo en regiones fronterizas habrían sido más difíciles de controlar que en el mismo corazón del imperio.

Por su parte, también tenemos conocimiento de la inclusión en los ejércitos seléucidas de tropas formadas por contingentes de aliados y vasallos del imperio, pero estos no aparecen reflejados en el desfile de Dafne y el propio Apiano (*Guerras Sirias*, 37) los culpa de la derrota de Antíoco III en la Batalla de Magnesia pocas décadas anterior, por lo que es posible que Antíoco IV dudara de su lealtad y dejara de emplearlas en su ejército o simplemente que no los consideraba merecedores de

²³ El tratado de Apamea estipulaba la prohibición para el imperio seléucida de contratar mercenarios pertenecientes a zonas de influencia romanas, así como rechazar a aquellos de estas regiones que se presentaran voluntariamente en su territorio para ser contratados (GRIFFITH, 1975, 147).

²⁴ Griffith (1975, 146) indica que cuerpos de soldados como los misios o los pisidios, a pesar de estar nominalmente bajo la soberanía del soberano seléucida, realmente eran pueblos libres y prácticamente independientes, por lo que más que como tropas de aliados habrían actuado en los ejércitos seléucidas como mercenarios.

formar parte del desfile. Tras la muerte de Antíoco III y el descalabro del ejército seléucida frente a las legiones romanas, desconocemos si Seleuco IV (187-175 a.C.) llevo a cabo algún tipo de reorganización del ejército con el fin de mejorarlo, ya que se trató de un periodo de paz inusual dentro de la historia del Imperio seléucida y bien pudo no considerarlo necesario. Lo que sí sabemos es que durante el siguiente reinado de Antíoco IV Epífanes (175-164 a.C.), la falange seléucida que desfiló en Dafne había aumentado su número de los 16.000 soldados de Magnesia a 25.000. Es en este momento, como hemos visto, determinados cuerpos del ejército habían pasado a equiparse a la manera romana, pero desconocemos la verdadera amplitud de esta reforma militar (SABIN; VAN WEES; WHITBY, 2007, 354).

II. CABALLERIA

En lo que se refiere a los soldados montados del ejército seléucida, como es habitual, estos formaban diversas unidades con distintas funciones e importancia. Pero es necesario señalar la trascendencia que la caballería había adquirido dentro de los ejércitos macedonios ya desde la época de Filipo II, algo de lo que no sólo fueron conscientes todos los diadocos, sino que en el caso de los seléucidas, la propia geografía del imperio hacía inevitable que esa importancia se mantuviera e incluso reforzara en base a la larga tradición de buenos jinetes que existían en aquellas regiones, gracias a sus amplias estepas del Este²⁵. Así, aunque este tipo de tropas siempre había constituido un cuerpo del ejército de segundo orden dentro de los tradicionales ejércitos griegos, los seléucidas sabían de la importante baza que suponía contar con tropas montadas eficaces y veloces para derrotar las alas de los ejércitos enemigos y rodearlos, asegurándose así la victoria. Los soberanos seléucidas contaban

²⁵Gaebel (2002, 241) es de la opinión de que Antíoco III mostro siempre su preferencia por la caballería antes que por la infantería.

con una caballería acorazada de *kataphraktoi*, donde tanto el soldado como su montura marchaban completamente protegidos por armaduras. Parece que la idea de su utilización partió de Antíoco III tras observar a los jinetes partos durante sus enfrentamientos con ellos, siendo utilizados ya en Magnesia contra los romanos (Liv. XXXVII, 40, 11).

Así, dentro de la Guardia permanente existían dos cuerpos de caballería (Polib. X, 49, 7) como serían, por un lado el llamado *agema* o “guardia”, compuesta por 1.000 soldados, y los *hetairoi* o “compañeros”²⁶. Los primeros, eran reclutados entre los mejores de los jinetes medos, mientras que los segundos, al igual que los *argiráspides*, eran reclutados de entre los descendientes más jóvenes de los colonos militares de Siria y Asia Menor (BAR-KOCHVA, 1976, 70), y parece que también pudieron formar con 1.000 soldados. Ambos cuerpos, junto con la Infantería de la Guardia, siempre acompañaban al soberano cuando este encabezaba las campañas²⁷. Del mismo modo, ambas unidades contaban con armas de ataque y defensa similares, con un *xyston* o lanza típica de la caballería que era sólo algo menor en tamaño que la sarissa, mientras que como protección portaban coraza y casco. Así, estos dos cuerpos²⁸, junto con la caballería acorazada, formaban el bloque principal de los jinetes en campaña, si no contamos a los llamados *epilektoio* “selectos” (Polib. XXX, 25, 8). De estos apenas tenemos datos, pero aparecen mencionados durante el desfile de Dafne como tropas de caballería en número de 1.000, y posiblemente reclutados en la ciudad de Larissa para sustituir a los medos que hasta entonces habían formado el *agema*, cuando la región de Media se perdió a manos de los partos. Existía también un curioso cuerpo de

²⁶ En Magnesia y Dafne ambas son citadas como unidades independientes. Liv. XXXVII, 40, 6 y 11. Polib. XXX, 25, 8.

²⁷ En Rafia los *hetairoi* se encargaron de proteger al rey rodeándolo (Polib. V, 85, 12; XVI, 18, 7), mientras que en Magnesia fue el rey quien luchó en medio de el *Agema* (Liv. XXXVII, 40, 6; 41, 1).

²⁸ De los cuales, probablemente, el primero en aparecer dentro de los ejércitos seléucidas fue la *agema*, como podríamos extraer del pequeño contingente de caballería que acompañó a Seleuco I a Babilonia en el 312 a.C. (Diod. XIX, 90, 1).

caballería que recibió el nombre de *philoí*, este también participó en el desfile de Dafne y parece haber sido integrado por miembros de la nobleza (altos funcionarios con títulos, cortesanos, altos oficiales, etc.) con un cometido más ceremonial que militar y cuyo número se desconoce pero debió ser de unos 1000 miembros (BAR-KOCHVA, 1976, 73).

Los *kataphraktoi* merecen una mención especial ya que su fama fue enorme en el mundo antiguo por su efectividad como caballería pesada. Esta fama les venía dada de la imponente armadura completa que tanto el soldado como su montura portaban, era tan resistente que les ofrecía una protección bastante eficaz contra flechas, lanzas y picas enemigas. La resistencia de estas armaduras se debió a la necesidad de mejorarlas con el fin de proteger a los jinetes de forma completa y segura para que no necesitaran por ello la utilización de un escudo defensivo. De esta forma, la mano con que tradicionalmente se sujetaba el escudo quedaba liberada para poder agarrar con las dos las largas lanzas de ataque que usaban como arma ofensiva, que hasta ese momento habían tenido que ser más cortas y por tanto menos efectivas al haberse podido sujetar únicamente con una sola mano. Su efectividad fue muchas veces demostrada, como dan fe las derrotas de los ejércitos ptolemaicos en su intento de frenar su carga, aunque no resultarían un elemento determinante contra generales hábiles como demostraría también Antíoco III en Magnesia.

Por su parte, como hemos comentado, la milicia ciudadana también podía formar cuerpos de caballería ligera llamados *politikoi*. Esta se formaba por los ciudadanos más ricos de cada ciudad, pero que no tenían la condición legal de greco-macedonios, ya que eran los únicos que podían permitirse la posesión y mantenimiento de sus monturas. Son mencionados en el desfile de Dafne y lo más probable es que su equipo e indumentaria variaran según se tratara de cuerpos pertenecientes a una ciudad u otra del imperio.

Con respecto a la organización táctica de la caballería seléucida, en este caso contamos con tan pocos datos como en cuanto a la infantería, por lo que sólo podemos especular con que esta se rigiera por los mismos sistemas que sus homologas griegas y egipcias de la época. Así, el cuerpo principal de caballería compuesto por 1.000 jinetes sería denominado también como *chiliarquia*, esta se dividiría en dos *hiparquias* de 512 jinetes²⁹ y cada una de estas, a su vez, en dos *ilai*³⁰ de 256, estos en dos *semaiai* de 128 y estos en dos *oulamoi* de 64 soldados cada uno que eran capaces de maniobrar de forma independiente en el campo de batalla.

III. CUERPOS ESPECIALES

Varias son las unidades empleadas regularmente tanto por los ejércitos seléucidas como por el resto de ejércitos del mundo antiguo, en mayor o menor medida. En este sentido, hay que hablar de los camellos, cuyo empleo se ha atestiguado por parte de Antíoco III en Magnesia con 300 de ellos, pero de escaso éxito y desconocemos si con continuidad después de ese momento o si fueron empleados antes. Con respecto a los carros de combate con guadañas, aunque su utilización era tradicional en los ejércitos persas, su empleo por los ejércitos seléucidas fue bastante puntual y reducido debido al escaso poder bélico que suponían en esta época³¹ cuando se enfrentaban a tropas experimentadas. No era así el caso cuando se empleaban contra enemigos tribales o de regiones limítrofes que no los conocían o apenas habían oído hablar de ellos. Así, sabemos que Seleuco contaba en Ipsos con 120 carros de guerra (Diod. XX, 113, 4; Plut. *Demetr.* 28,3) y sólo existe otra mención en el ejército que Antíoco V empleó para

²⁹ Sabemos que destacamentos de 500 jinetes seléucidas actuaron en campañas como la de Magnesia (Liv. XXXVII, 40, 13).

³⁰ Polib. X, 49, 7. Indica que durante la campaña de Antíoco en Bactria la caballería seléucida se dividió en *semaiai* y *oulamoi*.

³¹ De entre los ejércitos helenísticos parece que sólo fueron adoptados por los seléucidas. (SABIN; VAN WEES; WHITBY, 2007, 348).

atacar Judea (2 Mac. 13,2) en el 163 a.C., pero de su rendimiento en la batalla las fuentes no ofrecen noticias. Sólo volvemos a saber de su utilización en una batalla importante en Magnesia, colocándose un número indeterminado de ellos en el ala izquierda, pero su actuación fue tan desastrosa (Polib. V, 53, 10) que ello persuadió a los gobernantes seléucidas para no volver a emplearlos con fines militares (BAR-KOCHVA, 1976, 83). No así sucedería con su uso ceremonial en el desfile de Dafne, donde sabemos que participaron 140 carros de guerra, quizá más como elemento de prestigio y de nostalgia tradicional que por su verdadero valor militar³².

Algo similar podríamos decir de los elefantes de guerra, cuyo valor militar fue muy importante, tanto por su eficacia (aunque relativa) como por su escasez. Ello los convertía en un elemento bélico poderoso que no estaba al alcance de cualquier ejército, y que, en los momentos en los que se enfrentó a soldados que desconocían a dichos animales, su mera presencia infundía terror entre las filas enemigas, aunque su efectividad se reducía enormemente cuando se enfrentaba a tropas que contaban con experiencia en oponérseles.

Con respecto a la utilización de maquinas de guerra por parte de los ejércitos seléucidas, apenas contamos con información en este sentido y sólo sabemos de su empleo por Antíoco III en las Termopilas, pero desconocemos su número, características y relevancia ya que no es reflejado por los autores clásicos.

IV. MARINA DE GUERRA

Si los datos para la composición del ejército seléucida son relativamente reducidos, el caso de la marina de guerra es aún más decepcionante. Apenas contamos con escasísimas menciones puntuales y concretas a ella, como sucede durante el último

³² En su descripción no se mencionan las guadañas que quizá no fueron montadas. Algunos de los carros eran tirados por seis caballos, otros por cuatro, y uno incluso por cuatro elefantes. Polib. XXX, 25, 11.

periodo del reinado de Antíoco III entre la victoria en Panion y la Paz de Apamea (200-188), periodo en que el Imperio seléucida controlaba los puertos de fenicios (junto con los bosques del Líbano que proporcionaban excelente madera para la construcción de buques (Liv. XXXIII, 19, 9-11), por lo que es presumible que Antíoco III se serviría de dichos recursos para aumentar su flota) y por ello debió de ser el periodo de mayor actividad de la flota militar. Por otro lado, sabemos que existía el título de “*navarca*” tanto para aquel encargado de la flota del mar Caspio como para la estacionada en el golfo Pérsico (WALBANK; ASTIN, 1984, 191), pero desconocemos si existía una figura militar semejante a un almirante en jefe encargado del control de toda la flota seléucida.

Aparte de ello, sólo conocemos datos aislados como la existencia, por una inscripción del reinado de Antíoco I, de un *epitounaustathmou*, figura que parecía estar a cargo de un puerto militar y quizá también del arsenal en el momento del enfrentamiento con los gálatas. También en este momento se conoce el nombre de un *navarca* seléucida llamado Alcipo, gracias a una inscripción descubierta en Eritras. Por todo ello, se cree que existieron flotas militares cuya misión habría sido la de apoyar las operaciones terrestres llevadas a cabo en Asia Menor, al menos, durante los reinados de Seleuco II y Antíoco III, pero la armada seléucida se vio muy afectada por las cláusulas impuestas tras la derrota de Magnesia a través del subsiguiente tratado de Apamea (Polib. XII, 43, 13). En este no sólo se restringía su radio de acción (no podía navegar más al oeste del río Calicadno –en Cilicia- y del cabo Sarpedón) (WALBANK; ASTIN, 1984, 191), sino que también se limitaba el número de navíos de guerra de la flota, ya que se imponía que Antíoco III entregara todos sus barcos y aparejos a excepción de diez de ellos. Parece que la armada seléucida habría conseguido recuperarse de esas pérdidas ya durante el reinado de Antíoco IV, que sería consciente de la necesidad de una flota importante para respaldar su ataque a Egipto (WALBANK; ASTIN, 1984, 192).

Las bases principales para la flota seléucida habrían sido Seleucia Pieria (ubicada en Siria, al norte de la desembocadura del río Orontes y que se habría convertido en el puerto de Antioquia) y Éfeso; pero la última mención con la que contamos para la existencia de una flota militar seléucida es ya de época de Antíoco VII (I Mac. 15.3) a través de una carta que éste envió al etnarcaasmonéo Simón Macabeo, refiriéndose al reclutamiento de un importante ejército y de una flota de guerra con el fin de recuperar Judea tras su autoproclamada independencia.

V. OFICIALES Y FUNCIONARIOS DEL EJÉRCITO SELEUCIDA

Como sucede muchas veces, apenas contamos con datos sobre la jerarquía militar vigente durante el Imperio seléucida, y sólo podemos tratar con relativa seguridad sus mandos más altos. De este modo, desconocemos tanto la identidad, procedencia, funciones, etc. como el sistema de promoción que estos emplearon. Así, el mando militar de las principales campañas en las que estuvieron involucrados los ejércitos seléucidas siempre estuvo en manos del propio soberano, como sucedió con Seleuco I en Ipsos, Antíoco I contra los gálatas, Antíoco III en Rafia y Magnesia, Antíoco IV en su expedición a Egipto o Antíoco VII en la propia frente a los partos, por poner sólo algunos ejemplos. Normalmente, las fuentes indican que los propios soberanos tomaban parte activa en la batalla junto con la infantería y caballería de la Guardia, actuando en ocasiones junto al ala derecha, por su prestigio tradicional, o junto con su caballería, al estilo acostumbrado macedonio que había empleado Alejandro. Pero también existen ejemplos en cuanto a su observación de la evolución de otras batallas desde retaguardia o lugares elevados cercanos. Muchos autores contemporáneos critican el hecho de que el haber participado directamente en la batalla impidió a muchos de estos soberanos ser conscientes de su evolución, para así actuar en consecuencia y haber podido así evitar derrotas como la de Magnesia (BAR-KOCHVA,

1976, 86). Aunque bien es cierto que estas acciones no sólo podían actuar como elementos de prestigio del soberano ante sus tropas, sino también de identificación de los colonos militares con aquel y el refuerzo de su sentimiento de lealtad a la corona.

En cualquier caso, el soberano no siempre quería o podía estar presente en las campañas de su ejército, y por ello a veces estos eran comandados por otras figuras designadas por el rey al efecto. Normalmente, el alto mando incluía, lógicamente, a los miembros de la familia real (que generalmente dirigían las alas en las batallas), pero también a generales de diverso origen aunque principalmente griego o descendientes de estos, destacando entre ellos, por número, los macedonios. Así, contamos con testimonios de altos mandos al frente de ejércitos como en del regente Lisias en las dos expediciones que llevo a cabo en Judea, del tío de Seleuco II, Aqueo, contra Antíoco Hierax, de gobernadores provinciales como Báquides en Judea, de soldados profesionales como Xenón o TeodotoHemiolios contra Molón, e incluso de jefes mercenarios como Xenoitas, que dirigió la segunda campaña contra Molón o el navarca Polixenides de Rodas durante la *Anábasis* de Antíoco III. Pero, si en el ejército de los ptolomeos el alto mando estaba generalmente en manos de generales mercenarios (Polib. V, 63-64), en el caso seléucida estos provenían sobre todo de la nobleza de origen macedonia residente en la corte (Polib. LXXXII, 8, 13), ocupando también altos mandos en la dirección de la infantería y caballería de la Guardia. Este fue el caso del propio Lisias y sus descendientes, de Byttacus en Rafia, Zeuxis contra Molón y en Magnesia, Menipo en la expedición a Grecia de Antíoco III, Andrónico en Éfeso en el año 190, o Trifón, un colono militar de Seleucis, que sirvió bajo Alejandro Balas y Demetrio II.

Todos estos generales o comandantes debieron estar directamente a las ordenes del soberano y quizá es por ello que, en cuanto a los cargos que debieron ostentar para llevar a cabo estas funciones, no existiera una titulación específica ni un *cursushonorum* para alcanzarlos, sino que su nombramiento pudo darse al azar por los

distintos soberanos y en función de las necesidades bélicas del momento. Aunque esta no es la opinión general ya que Bar-Kochva (1976, 91) aboga por la existencia de un sistema de ascensos e intercambio de mandos, entre los distintos cuerpos del ejército, muy dinámico (Polib. V, 68, 9 y 11) y basado en los meritos en cuanto a la alta jerarquía militar. Así, parece que en tiempos de paz, los altos oficiales seléucidas se habrían encargado del mando de la Guardia, habrían actuado como gobernadores provinciales o locales, e incluso como mandos de los mercenarios en sus guarniciones, mientras que en tiempo de guerra, la ampliación del ejército por el reclutamiento de colonos militares, mercenarios, etc. habría necesitado de su reasignación al mando de estas unidades.

Con respecto a los más altos cargos en el ejército cuando no lo encabezaba el soberano, si bien hemos indicado que los datos son escasos, sabemos que al menos se han recogido tres denominaciones para este por las fuentes clásicas, estas fueron *strategos*, *hegemón* e *hiparco*, pero ninguna se repite más allá de menciones puntuales y es probable que se refirieran más al mando de tropas o fortificaciones específicas que a la existencia de un título exclusivo durante la historia del Imperio seléucida.

VI. ENTRENAMIENTO Y DISCIPLINA

El éxito táctico de cualquier ejército se basa principalmente en la disciplina y esta se adquiere a través de entrenamiento constante. En el caso de los ejércitos seléucidas es patente que este tipo de cuestiones, como ya hemos visto, apenas podemos conjeturarlas en base a pequeños y dispersos fragmentos. En la tradición griega los gimnasios desempeñaron un papel importante en la formación de los futuros soldados, y sabemos de la creación de muchos de ellos a lo largo del imperio por Antíoco IV. Aparte de ello sólo contamos con la referencia a que en Apamea existieron instructores militares (Estrab. XVI, 2, 10) que debieron encargarse, prioritariamente y

quizá exclusivamente, a la formación de los hijos de los colonos que pasaban a formar parte de las distintas unidades de la Guardia. Es muy posible que, en ese intento de identificación de los colonos con la corona (Polib. V, 54, 1-2 y 57, 6), Apamea hubiera sido el único lugar de entrenamiento de los integrantes de la Guardia que habrían tenido que viajar allí para su formación militar, pero se trata de meras especulaciones ya que no contamos con datos que excluyan esta posibilidad en otras regiones del imperio.

En cuanto al carácter y a las formas básicas de entrenamiento, es muy posible que estas no difirieran mucho de las empleadas tradicionalmente en los ejércitos macedonios por Filipo o Alejandro. Así, las marchas con la panoplia completa habrían sido frecuentes para fortalecer a los soldados y acostumbrarles a los largos desplazamientos que deberían realizar por la amplia extensión que formaba en Imperio seléucida³³. Por otro lado, contamos con fragmentos de códigos militares de la época de Filipo V, descubiertos en Anfípolis y Calcis, que se refieren a varios aspectos de la disciplina militar y que bien pudieron haber sido tenidos en consideración también por los soberanos seléucidas. Estos indican la existencia de multas para los soldados que no utilizaran determinados elementos de sus armaduras o para aquellos que no desempeñaran sus funciones correctamente durante las guardias; también hacen referencia a la importancia del correcto mantenimiento de las tiendas, de lo cual parece que se encargarían funcionarios de alto rango, pero no se registra la posibilidad de castigos físicos para los soldados rasos. También sabemos que existían ciertas regulaciones en cuanto a los saqueos (Polib. X, 16, 17).

En cualquier caso, contamos con más datos de relajación en el entrenamiento o de calamidades por la falta de disciplina que de lo contrario, donde las fuentes clásicas

³³ Esta práctica era más común en el ejército romano que en los ejércitos griegos, pero autores como Bar-Kochva indican que los seléucidas la habrían adoptado de aquellos. (BAR-KOCHVA, 1976, 95). Aunque en ningún caso estos entrenamientos habrían alcanzado el rigor de los romanos como indicaría Polib. VI, 42; X, 16 a XVII, 1.

no centran su atención. De este modo sabemos de los problemas que le reportaría después a Antíoco III su envío de las tropas a los ociosos cuarteles de invierno mientras negociaba con los emisarios de Ptolomeo antes de Rafia (Polib. V.66.6), de la falta de disciplina de la infantería seléucida en las Termopilas al verse rodeados (Liv. XXXVI, 19, 3) o de la huida de los colonos militares en Rafia ante la perspectiva de verse rodeados por la caballería enemiga (Polib. V, 85, 10). Pero también tenemos noticias de la eficacia de la disciplina y el entrenamiento que mitigan algo los ejemplos anteriores, como cuando Seleuco I, con la intención de sorprender a Demetrio y atacarlo al amanecer, ordeno a sus soldados que durmieran con la armadura puesta (Polieno IV, 9, 1), o en época de Antíoco VIII Grifo (125-96 a.C.), cuando uno de sus generales llamado Heracleón de Berea se encargó de entrenar a sus soldados para que comieran poco, en silencio y en grupos de 1.000 para estar preparados. Pese a todo, es fácil pensar que los entrenamientos destinados a los aspectos físicos y disciplinarios se habrían centrado sobre todo en la Guardia, por su importancia y su carácter permanente, mientras que al resto de cuerpos del ejército ello habría sido más difícil de implantar con buenos resultados en base a su carácter temporal.

Sabemos también que, en relación con el mantenimiento de la disciplina, si bien algunos generales romanos llegaron a impedir a sus soldados los matrimonios en campaña para facilitar su movilidad, en el caso de los ejércitos seléucidas, y en consonancia con la tradición de lo que le había sucedido al ejército de Alejandro, sus desplazamientos se vieron siempre acompañados de hordas de población civil (comerciantes, familiares, concubinas, artesanos, cocineros, etc.) que desde siempre y a lo largo de gran parte de la antigüedad eran plenamente conscientes de los grandes negocios que podían hacer con la soldada que sus dirigentes pagaban a los soldados (Polieno VIII, 61). Así, estos núcleos poblacionales itinerantes, siempre sirvieron para favorecer la relajación de los soldados durante los periodos en que disponían de permisos. Ello no fue nunca bien visto desde el punto de vista del mantenimiento de la

disciplina por parte de sus oficiales, ya que su existencia también representaba una desventaja táctica al tener que asignarles protección militar durante los enfrentamientos, no pudiendo utilizarse esas tropas en la batalla; mientras que si estos caían en manos del enemigo, el golpe moral para las tropas podía ser definitivo, ya que muchos soldados tenían entre los civiles a sus propias familias, formadas durante la campaña.

Hay que tener en cuenta que no debía ser fácil para los oficiales seléucidas, o incluso para el propio soberano, el establecer y mantener un sistema férreo y espartano de entrenamiento y disciplina, habida cuenta de que muchos de sus soldados eran colonos o hijos de colonos que en sus haciendas habían vivido siempre holgadamente y que es posible que no aceptaran fácilmente las privaciones excesivas. Incluso algunos de los contingentes militares como las tropas auxiliares, etc. estaban sólo nominalmente bajo control seléucida, por lo que era difícil actuar para moldear su disciplina y mejorar su entrenamiento.

VII. CONCLUSIÓN

Así, como hemos visto, a la muerte de Alejandro el mundo helenístico conoció una etapa en la que los diádocos tuvieron que hacer frente a su herencia en base a sus propios intereses personales. El reto no era sencillo ya que no sólo tenían que sobreponerse a los continuos conflictos bélicos, que seguramente ya sabían se producirían de forma constante entre aquellos que antes habían sido compañeros, sino que tenían que repartirse y administrar unos territorios inmensos donde, si exceptuamos Macedonia o incluso el resto de Grecia, eran extranjeros sin una base sólida entre la población local que les sirviera para apuntalar sus pretensiones y reinados. Esta ha sido una de las razones fundamentales que se han argüido para la

proliferación de asentamientos de colonos militares que se llevó a cabo en distintos lugares dentro de los reinos de Ptolomeo o Seleuco.

En el estricto sentido militar, quizá el acierto de los soberanos seléucidas residió en el acuartelamiento y formación permanente de tropas de ascendencia greco-macedonia en Apamea, de donde fácilmente podían ser movilizados y enviados incluso a los rincones más remotos del imperio para su defensa y control. De forma que tanto los asentamientos de colonos por todo el imperio como la instalación de fortificaciones en lugares estratégicos y la disposición de estas tropas permitieron al Imperio seléucida su permanencia en el poder, en una tierra que les era extraña, por un espacio de tiempo de más de doscientos años. A pesar de ello, el éxito nunca se puede garantizar con total seguridad y ni este sistema ni el poderío militar seléucida impidieron que el imperio se encontrara en constante alerta, tanto para sofocar rebeliones internas como para defenderse de enemigos externos, como el caso de los egipcios o de los romanos, por citar sólo algunos a quienes habría que añadir los partos, etc.

En cualquier caso, no debemos olvidar que, si bien en algunos casos, como en cuanto a los sirios o los babilonios, los soberanos seléucidas optaron por prescindir de sus servicios militares con el fin de evitar que en el futuro esa experiencia sirviera para iniciar una revuelta en su contra en el seno del imperio, los soberanos seléucidas eran conscientes de la importancia de la utilización de tropas nativas en sus ejércitos, como fue el caso de la caballería parta o de los medos. A ello habría que sumar la ingente cantidad de recursos que era capaz de movilizar el imperio para la defensa de sus fronteras, e incluso con vistas a su expansión, ya que se encontraba en una posición estratégica única como zona de paso de las rutas comerciales caravaneras que desde oriente se encaminaban hacia el Mediterráneo. Sería este importante factor el que permitiría a los soberanos seléucidas el contar con grandes cantidades de elementos que en aquella época resultaban un arma formidable y casi definitiva, hablamos de los

elefantes de guerra, ya que su cercanía a la India no sólo facilitaba que el imperio consiguiera muchos ejemplares ya entrenados de aquellas regiones, sino que también bloqueaba su comercialización al resto de los pueblos del Mediterráneo, que como en el caso del Egipto Ptolemaico debieron buscar otras fuentes de abastecimiento.

Pero, parece que el fracaso en adaptarse a las circunstancias cambiantes condenó a los seléucidas a una serie de catastróficas campañas contra el nuevo poder parto, que comenzó a surgir en la meseta irania en el curso del siglo II a. C. y quizá explique por qué los pequeños ejércitos de los macabeos en Palestina fueron capaces de constituir un Estado independiente sólo a unos pocos cientos de kilómetros de Antioquía. Si a ello unimos el creciente poder e influencia romana podremos explicar sin demasiados problemas el fin del reino seléucida, el cual no impide el valorar la importancia que este tuvo en el concierto internacional, tanto en Asia como en el Mediterráneo, durante dos siglos, la cual se asentó prioritariamente en el poder de su ejército.

REFERÊNCIAS DOCUMENTAIS

I MACABEOS: a new translation, with introduction and commentary by Jonathan A. Goldstein, Garden City, N.Y., 1976.

II MACABEOS; traducido por Daniel R. Schwartz, Berlin, Walter de Gruyter, 2008.

APIANO: *Histoire romaine. Tome 6, livre 11, Le livre syriaque*; Paris, Les Belles Lettres, 2007.

DIODORO DE SICILIA: *Biblioteca histórica. Volumen VI: Libros XVIII-XIX-XX*. Traducción de Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 2014.

ESTRABÓN: *Geografía*; Madrid, Gredos, 2003.

LIVIO: *Historia de Roma desde su fundación. Vol VII*; Madrid, Gredos,

PAUSANIAS: *Descripción de Grecia. Libros VII-IX*; introducción, traducción y notas de María Cruz Gerrero Ingelmo, Madrid, Gredos, 1994.

PLUTARCO: *Vidas Paralelas. Vol IV y VII*; Madrid, Gredos, 2007-2009.

POLIBIO: *Historias. Libros V-XV y XVI-XXXIX*; Madrid, Gredos, 2008.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAR-KOCHVA, B.: *The Seleucid Army. Organization and tactics in the great campaigns*. Cambridge University Press, Cambridge, 1976.

CHANIOTIS, A.: *War in the Hellenistic World*. Blackwell, Oxford, 2005.

DE SOUZA, P.: *El mundo antiguo en guerra, una historia global*. Akal, Madrid, 2008.

FARROKH, K.: *Shadows of the Desert. Ancient Persia at War*. Osprey, Oxford, 2007.

GAEBEL, Robert, E.: *Cavalry operations in the ancient greek world*. University of Oklahoma Press, Oklahoma, 2002.

GLOVER, R.F.: "Some Curiosities of Ancient Warfare". *Greece & Rome* 19, 55, 1-9, 1950.

GRIFFITH, G.T.: *The Mercenaries of the Hellenistic World*. Ares, Chicago, 1975.

HABICHT, Ch.: *The Hellenistic Monarchies*. Univ. of Michigan Press, Michigan, 2006.

HEAD, D.: *Armies of the Macedonian and Punic Wars 359 BC to 146 BC*. Wargamer Research Group, Cambridge, 1982.

KUIPER, K.: *The Britannica Guide To Ancient Civilizations; Mesopotamia, The World's Earliest Civilization*. Britannica, Chicago, 2011.

MARTIN, Thomas R.: *Ancient Greece: from prehistoric to Hellenistic times*. Yale University Press, London, 1998.

PAINE, M.: *Ancient Greece*. Pocket Essentials, Herts, 2007.

ROSTOVTZEFF, M.: *The Social and Economic History of the Hellenistic World. Vol. 1*. Oxford University Press, Oxford, 1941.

SABIN, Ph. VAN WEES, H. WHITBY, M. (Eds.): *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Vol I; Greece, the Hellenistic World and the Rise of Rome*. Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

SEKUNDA, N.: *Hellenistic Infantry Reform in the 160's BC*. Oficyna Naukowa MS, Varsovia, 2001.

_____: *Seleucid and Ptolemaic Reformed Armies. 168-145-BC. Vol. 1. The Seleucid Army*. Montvert, Stockport, 1994.

SHIPLEY, G.: *El Mundo Griego después de Alejandro. 323-30 a.C.* Critica, Barcelona, 2001.



NEARCO – Revista Eletrônica de Antiguidade
2014, Ano VII, Número I – ISSN 1972-9713
Núcleo de Estudos da Antiguidade
Universidade do Estado do Rio de Janeiro

WALBANK, F.W. y ASTIN, A.E. (Eds.): *The Cambridge Ancient History. Volume VII, Part 01 - The Hellenistic World*. Cambridge University Press, Cambridge, 1984.

WARRY, J.: *Warfare in the Classical World*. University of Press, Oklahoma, 1980.

Artigo Recebido em: 20 de junho de 2013.

Aprovado em: 10 de janeiro de 2014.

Publicado em: 30 de abril de 2014.